

ENVIADO POR
Lucas Ospina

Carta de Antonin Artaud a los rectores de Europa

En la estrecha cisterna que llamáis “Pensamiento” los rayos del del espíritu se pudren como parvas de paja.

Basta de juegos de palabras, de artificios de sintaxis, de malabarismos formales; hay que encontrar - ahora - la gran Ley del corazón, la Ley que no sea una ley, una prisión, sino una guía para el Espíritu perdido en su propio laberinto. Más allá de aquello que la ciencia jamás podrá alcanzar, allí donde los rayos de la razón se quiebran contra las nubes, ese laberinto existe, núcleo en el que convergen todas las fuerzas del ser, las últimas nevaduras del Espíritu. En ese dédalo de murallas movedizas y siempre trasladadas, fuera de todas las formas conocidas de pensamiento, nuestro Espíritu se agita espiando sus mas secretos y espontáneos movimientos, esos que tienen un carácter de revelación, ese aire de venido de otras partes, de caído del cielo.

Pero la raza de los profetas se ha extinguido. Europa se cristaliza, se momifica lentamente dentro de las ataduras de sus fronteras, de sus fábricas, de sus tribunales, de sus Universidades. El Espíritu “helado” cruje entre las planchas minerales que lo oprimen. Y la culpa es de vuestros sistemas enmohecidos, de vuestra lógica de dos y dos son cuatro; la culpa es de vosotros - Rectores - atrapados en la red de los silogismos. Fabricáis ingenieros, magistrados, médicos a quienes escapan los verdaderos misterios del cuerpo, las leyes cósmicas del ser; falsos sabios, ciegos en el más allá, filósofos que pretenden reconstruir el Espíritu. El más pequeño acto de creación espontánea constituye un mundo más complejo y más revelador que cualquier sistema metafísico. Dejados, pues, Señores; sois tan solo usurpadores. ¿Con qué derecho pretendéis canalizar la intelligen-

González es una publicación del Departamento de Arte / *González* solo publicará textos y colaboraciones que tengan como remitente a correos de “uniandes.edu.co” y bajo el crédito de la persona que los envía. En caso de que sean enviados por miembros de la universidad ya graduados o profesores retirados que no tengan este tipo de cuentas de correo se verificará su vinculación / En los textos donde se haga mención explícita a una persona del Departamento de Arte, o a miembros o dependencias de la universidad, se enviará copia de ese correo a los sujetos en cuestión con el fin de ofrecer la posibilidad de una contracrítica en el próximo número de *González* / *González* publica lo que se quiera hacer público, todo lo que quepa en esta hoja de papel. Esta hoja circula por impreso y por correo al comienzo de cada semana del periodo académico.

cia y extender diplomas de Espíritu?

Nada sabéis del Espíritu, ignoráis sus más ocultas y esenciales ramificaciones, esas huellas fósiles tan próximas a nuestros propios orígenes, esos rastros que a veces alcanzamos a localizar en los yacimientos más oscuros de nuestro cerebro.

En nombre de vuestra propia lógica, os decimos: la vida apesta, señores. Contemplad por un instante vuestros rostros, y considerad vuestros productos. A través de las cribas de vuestros diplomas, pasa una juventud demacrada, perdida. Sois la plaga de un mundo, Señores, y buena suerte para ese mundo, pero que por lo menos no se crea a la cabeza de la humanidad.

ENVIADO POR
Andrés Pardo

La plasticidad de la palabra

Trabajar como guía en un museo me sirvió para aprender a hablar sobre arte e historia de una forma más plástica. Entendí que no sólo son los materiales los susceptibles de ser moldeados, y que la palabra requiere de ciertos cambios dependiendo del interlocutor. No significa esto que el contenido se altere; por el contrario, el trasfondo debe ser claro, consistente y coherente. Es la forma de socializarlo la que es susceptible de ser modificada para ajustarse más al visitante. No existe un espectador único, ni un visitante ideal de un museo, por lo que un discurso memorizado por parte de un guía no es una estrategia idónea para compartir información.

Adquirí esta perspectiva gracias al director del museo, y de la amistad que tejí con una compañera de trabajo, pero la plasticidad de mis palabras era posible gracias a la museografía (me daba espacios para dar giros, saltos y conexiones). Había toda una estructura que facilitaba mi labor, y que la hacía mucho más interesante para mi. Es cierto que empe-

cé por memorizar un guión, y me lanzaba en ciertas ocasiones a dar datos tímidos sobre una u otra cosa que sabía previamente sobre alguna pintura. Con el tiempo fui investigando y logré relacionar objetos y hechos, y fui afinando mi palabra para hacer la visita más amable y amena.

Hacía de mi labor un acto interpretativo, y no únicamente comunicativo. No buscaba comunicar un texto específico, sino interpretar distintas fuentes para tener más herramientas con las cuales podía detonar conversaciones con los visitantes. Insisto que no buscaba manipular los objetivos que el museo buscaba alcanzar, pero sí tener más plasticidad para compartírselos. Poco a poco le fui añadiendo un “toque” personal a las guías que daba. Esto no fue exitoso en ciertas ocasiones, por supuesto, pues había quienes buscaban en mí un reproductor de datos y fechas específicas. Para algunos debía limitarme a dar información de fichas técnicas, y cuando era absolutamente necesario lo hacía. Toda esta experiencia como guía fue sin duda bastante nutritiva en mi formación.

Sin embargo, el trabajo de guía no es algo muy apreciado entre los recién graduados, pues la asocian con el fracaso. No se considera a la altura de un egresado, mucho menos si se estudió en alguna universidad privada y prestigiosa. Pero en realidad es una labor donde se aprende a hablar de lo que se estudió por cuatro años, especialmente con personas que no tienen los mismos antecedentes académicos. Es un trabajo donde se adquiere sensibilidad para aproximarse a los museos y exposiciones, y detectar qué se puede mejorar en éstos.

Hace un par de días estuve en una salida universitaria siguiendo los pasos de José Celestino Mutis. Visitamos lugares que no conocía, como Guaduas, Honda, Mariquita, Ambalema y Armero. Una corporación que busca promover la ruta de Mutis fue la encargada de llevarnos a estos lugares y compartir con nosotros experiencias e información. Profesoras del programa de Historia del Arte fueron quienes organizaron de forma muy diligente el viaje, y daban a su vez apoyo a los guías.

En términos generales el viaje fue agradable: me alejé de la cotidianidad del trabajo y de la ciudad. Del viaje me surgen ideas, y varias inquietudes. Había enfocado mi idea sobre la labor de guía en museos urbanos, pero jamás había considerado los retos a los que se enfrentan guías de zonas rura-

les, de municipios y pueblos en los cuales el turismo es reducido. Vi de primera mano el entusiasmo y profesionalismo con el cual ellos llevaban a cabo sus labores, y toda la actitud que tenían para ayudar. Era claro que estaban prestando un servicio, y que lo buscaban realizar de la mejor forma. Sin embargo, percibí que no había plasticidad en sus palabras, y que era un guión que sabían de memoria el que compartían. No significa esto que asumían su trabajo con pereza ni negligencia, ni mucho menos, pero sí refleja algo específico: asumen más su labor como trabajo que como aprendizaje.

No busco con esto comparar categóricamente mi experiencia con la de los guías que menciono, ni de sugerir que yo lo hacía mejor que ellos. Las condiciones son totalmente diferentes. Nací en una ciudad, tuve todas las oportunidades de tener la mejor educación posible, y asumí mi trabajo de guía como un proceso de aprendizaje (no tenía la necesidad de trabajar para sostenerme, y podía darme el lujo de tener una aproximación plástica a lo que hacía). Muy probablemente este no es el caso de muchos guías en zonas rurales que buscan promover la cultura de sus regiones. Las actividades que desarrollan tienen mucho potencial de ser mejoradas, de ser afinadas. Se pueden tejer relaciones entre lo urbano y lo rural, y empezar a quebrar poco a poco la brecha entre éstas (al menos en cuanto a actividades culturales).

Los guías que conocí tenían las mejores intenciones de seguir mejorando sus labores, por lo que hay espacio para que recién graduados de programas de historia del arte y de arte (o quienes aún se encuentran estudiando) apoyen actividades culturales de otras regiones del país. Un proyecto cultural no sólo es gestionar espacios alternativos de arte en la ciudad; se pueden buscar alternativas en zonas rurales donde el impacto puede llegar a ser mucho mayor. Aprenderían así a hablar de arte con quienes no tienen los mismos antecedentes académicos, aprenderían a ser más plásticos con la palabra, y sobre todo, ayudarían a que otras personas adquieran esa plasticidad. El reto es, a su vez, tener una aproximación de iguales, y no una paternalista donde uno busque educar al otro. Así, quienes dependen de un trabajo para su subsistencia podrían llegar a tener aproximaciones más interpretativas a sus labores. La interpretación ya no sería un lujo únicamente académico.